

Miguel de Unamuno: Epistolario y hermenéutica

MANUEL SÁNCHEZ CUESTA
(Universidad Complutense)

Aunque es verdad que todos los escritos de Unamuno son autobiográficos —("Hay quien investiga un cuerpo químico; —dice don Miguel— yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y sufriente"¹—, también lo es que el alma del alma se transparenta mejor en unos que en otros, a lo que colabora de modo esencial la forma.

Unamuno, lo sabemos, ha convertido en tarea propia la comunicación, la veracidad en una de sus principales virtudes. De ahí que a través de sus escritos se proponga verter su intimidad en otras almas para que allí germine y, cual palabra divina, dé luego mucho fruto. Este es, de hecho, el objetivo último de todos sus escritos. Obra pues de "un hombre —como asegura Dionisio Ridruejo²— que necesita para "sentirse" que nosotros le veamos, le escuchemos, le compadezcamos, le contrariemos, le hagamos ser, le dispemos la horrible duda de si una conciencia es un puro espejismo solitario que está creando constantemente de la nada lo que no tiene existencia real, radicada, efectiva".

Desde estos presupuestos cabe entender la dedicación, pues de dedicación se trata, a ese otro quehacer que constituye la correspondencia, cultivada con celo casi religioso —él mismo habló de su epistolomanía³— y en la que se derrama tal y como es, sin filtros selectores. Unamuno, así, al tratar de empatizar con el otro, de huir al "hombre" para aprehender al individuo concreto⁴, de anudar almas por desnudamiento de la propia, verifica con todo rigor en cada una de las cartas que escribe su propia filosofía, aquello de que "el sujeto y supremo objeto de la misma es el hombre de carne y hueso"⁵.

¹ Unamuno, M., *Sobre mí mismo. Pequeño ensayo cínico*, Obras Completas, Tomo VIII, Escelicer, Madrid, 1970, p. 300.

² *Epistolario y escritos complementarios: Unamuno-Maragall*, Prólogo de P. Laín Entralgo y Epílogo de Dionisio Ridruejo, Seminarios y Ediciones, S.A., Madrid, 1971, p. 266.

³ Carta a Juan Arzadun, 24-XI-1909.

⁴ "Yo busco a los hombres tras sus escritos..." —escribe a Juan Maragall, (3-XI-1902); y a José Ortega y Gasset: "Cada día me importan menos las ideas y las cosas, cada día me importan más los sentimientos y los hombres. No me importa lo que usted me dice; me importa usted", (17-V-1906).

⁵ Unamuno, M., *Del sentimiento trágico de la vida*, Ensayos, Volumen II, Ed. Aguilar, Madrid, 1966, pp. 729-730.

Por eso justamente no establece distinguos entre los receptores, sino que más bien su actitud, sincera y de entrega generosa, atiende al motivo que justifica cada carta, singularizando su contenido hasta hacer de él una real y dual conversación, transformando la lectura en convivencia. Y como ese binomio yo-tú es algo siempre actual, al hilo de las cartas nos cabe ir reconstruyendo toda su peripecia biográfica⁶, dado que en ellas va don Miguel trazando una vía de acceso a sí mismo y sin duda de las mejores, de las menos mediatizadas, de las más directas y humanas. Y, además, permitiéndonos comprobar la validez heurística de su literatura, su sinceridad a fuerza de toda prueba, el monotema de todos sus escritos, la confirmación de su metodología filosófica para la que conocer, más que nósis, es sentimiento. Tiene razón Laureano Robles cuando afirma que en las cartas "están las claves interpretativas de la obra y del pensamiento de Unamuno", puesto que —continúa— en ningún lugar mejor que en ellas sorprendemos al "Unamuno vivo, real y de carne y hueso"⁷.

Julián Marías ha expresado recientemente como "Peligros para el escritor"⁸ la pasión actual por sacar a luz pública cualquier clase de inédito, entre los que destacan los epistolarios. A su juicio, tampoco éstos justifican su publicación: ni objetivamente, dado que las cartas cabe agruparlas en "triviales" (de interés meramente ocasional) e "íntimas" (salvo excepción, de interés sólo privado), ni subjetivamente, ya que en base al llamado "derecho de información" penetramos por nuestra cuenta y riesgo en la intimidad del otro, algo por principio prohibido.

Compartimos la razón de fondo expresada por Julián Marías en su artículo, empero juzgamos que don Miguel constituye precisamente la excepción. Pues, pese a tratarse de un autor contemporáneo y con una obra de relativo fácil acceso editorial⁹, sus cartas superan la mera anécdota del decir puntual —trivialidad o gravedad del mensaje no hacen ahora al caso— para convertirse en claves hermenéuticas tanto de su filosofía, cuanto de las actitudes vitales que al hilo de su existencia va asumiendo.

En tal sentido las cartas son verdadera crónica del vasto universo de intereses unamuniano, recogidos en su misma génesis, que unas veces afloran de su hontanar cadenciosamente, otras como exabrupto, otras se hacen reiteración, otras idea obse-

⁶ Dos aspectos, sobre todo, diferencian el epistolario unamuniano de cualquier otro: la multiplicidad y diversidad de sus receptores (desde primeras figuras internacionales y nacionales de las letras, la cultura y la política hasta simples alumnos o estudiantes, amén de los miembros de su familia), así como la multiplicidad y diversidad también de preocupaciones traídas a su conciencia por el cada día de su vivir intenso.

⁷ Unamuno, M. *Epistolario inédito*, Volumen I, Edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1991, p. 22.

⁸ ABC, 21-V-1992.

⁹ Por más que sea paradójico el que las dos ediciones de sus Obras Completas resulten difíciles de encontrar, agotadas como están desde hace una veintena larga de años. Este es precisamente hoy, a juicio de Julián Marías, el mayor de los "peligros para el escritor": la edición de sus inéditos y no la reedición de su verdadera obra.

siva, en todos los casos pálpitos vitales que sustituyen a la palabra por el hombre en la polivalente realidad de sus numerosas contradicciones. A Ortega y Gasset le escribe: "Y como usted no es público suprimo el tejido conjuntivo. Por eso me gusta escribir cartas. Es lo más lírico, y lo menos ilativo"¹⁰.

Es verdad, pues, que en las cartas se enuncian muchos de los temas —mejor sería decir, preocupaciones vitales— que luego constituyen buena parte del contenido de la obra de don Miguel. Así, entre otros, su agónica cuestión humana, su desesperada esperanza, su profunda soledad, la desproporción entre esfuerzo y logro, la peculiaridad de su irracionalismo, su mirada antropomorfizante, la visión de España y de sus pueblos, su alma de poeta y concepción estética, su paradójica conjunción de fuerza y debilidad, sus calidades de esposo y de padre. Más también en ellas, en las cartas, aparecen otros que o no están presentes en aquélla o en aquélla aparecen retóricamente mediatizados o bien aquélla nos muestra tamizados por la duda. A modo de respectivos casos subrayamos su intento de protestantizar España, su mesianismo y su concepción del socialismo. En los tres, las cartas se convierten en textos de consulta obligada.

En las cartas, en efecto, hallamos referencias a proyectos que no aparecen reflejados en sus escritos más formales y que, sin embargo, tuvieron verdaderamente preocupado a don Miguel. Tal ocurre con su intento de protestantizar España allá por el cambio de siglo. España, entiende Unamuno, precisa de una importante y urgente reforma —veremos más abajo que él se sentirá vocado a materializarla— "indígena, popular y laica"¹¹. Una y otra vez da cuenta por estos años de la misma en sendas cartas y proclama su necesidad en discursos y escritos. Mas siempre silencia su intención de fondo, a saber, el que España debería protestantizarse. Y de eso únicamente se nos *da cuenta* en el epistolario. Así, aludiendo al discurso pronunciado el día 8 de agosto de 1902 en Cartagena, escribe a Jiménez Ilundáin: "Cuanto de religión dije pasó como una seda, y si llego a decir que hay que protestantizar España se me escandalizan"¹²; y a Pedro Múgica: "... Si llego a mentar el protestantismo se me echan encima"¹³. Unamuno, sin embargo, no da las razones de esa prevalencia de lo protestante sobre lo católico. Aunque no hace ahora al caso, coincidimos con Eduardo Malvido en pensar que bien pudo haber sido "la concientización personal del problema religioso y el respeto a la razón"¹⁴.

Las cartas también nos avisan de su temprana conciencia profético-evangélica, agudizada tras su nombramiento como rector de la universidad de Salamanca, y que le insta a llevar a cabo una reforma "moral e intelectual" de España *desde arriba*. Sin la mediatización, pues, de figuras retóricas, la lectura del epistolario nos mues-

¹⁰ Carta a José Ortega y Gasset, 2-XII-1906.

¹¹ Unamuno, M., *España y los españoles*, Obras Completas, Tomo III, Escelicer, Madrid, 1968, p. 724.

¹² Carta a Jiménez Ilundáin, 10-VIII-1902.

¹³ Carta a Pedro Múgica, 16-VIII-1902.

¹⁴ Malvido Miguel, E., *Unamuno a la busca de la inmortalidad*, Ediciones San Pío X, Salamanca, 1977, p. 56.

tra ese elitismo de don Miguel, sólo desde el cual cabe entender su frenética y hasta intolerante actividad político-social. Es cierto que dicha actitud está bien reflejada en su obra literaria, ya plasmada en personajes que vertebran todo su quehacer en torno de la misma como, por ejemplo, don Manuel Bueno, ya en el modo agrio de arremeter contra "los hunos y los hotros", ya implicando en sus textos al lector y con ello zarandearle el alma hasta hacérsela sentir. Mas lo característico de las cartas es que esa vocación mesiánica aparece como un desiderato expresamente manifiesto y asumido, lo cual permite al exégeta darle sentido a muchos textos y a buena parte del hacer unamunescos. Prueba de lo que asertamos son estos breves fragmentos epistolares: "Dentro de unos días voy a esa (a Madrid) —escribe a don Francisco Giner de los Ríos— a ver al ministro y si puedo hacer en esta Escuela la revolución desde arriba,...."¹⁵; "... tengo tal fe en mí mismo, —comunica un mes después a Juan Arzadun—, tan honda persuasión de mi providencial misión pedagógica o demagógica (en sentido etimológico) en España..."¹⁶; "Desde hace algún tiempo, —dice a Pedro Múgica—, desde que pasé cierta honda crisis de conciencia, se va afirmando en mí una profundísima persuasión de que soy instrumento en manos de Dios para contribuir a la renovación espiritual de España"¹⁷; y, en fin, a Ortega y Gasset años más tarde, constatando ya obra realizada y en proceso: "No quiero ser yo quien le cuente la obra de saneamiento moral que aquí he emprendido..."¹⁸.

Asimismo vuelve a ser el epistolario el medio que nos permite entender más matizadamente que cualquier otro de sus escritos la actitud de don Miguel ante el socialismo, su acercamiento y militancia en el PSOE, así como luego su baja y distanciamiento de éste, nunca satisfactoriamente explicados. En efecto, serán una vez más las cartas quienes mejor nos muestren el talante de su socialismo, el cual, pese a las coincidencias de objetivo con el del partido fundado por Pablo Iglesias, adolece, sin embargo, de un idealismo incompatible de todo punto con la ortodoxia marxiana; postura que en lo sustantivo no modificará Unamuno ni siquiera durante sus dos años de afiliado al PSOE. Para Unamuno, así se lo hace saber a Pedro Múgica, "el Socialismo es ante todo una gran reforma moral y religiosa, más que económica"¹⁹. Y dos años después: "Soy socialista convencido, pero amigo, los que aquí figuran como tales son intratables, fanáticos necios de Marx, (...). A mí empiezan a llamarme místico, idealista y qué sé yo cuántas cosas más"²⁰. Estas dos muestras son, nos parece, suficientes para cerciorarnos de que, frente a la irreligiosidad propia del genuino socialismo y, en consecuencia, a su intramundanismo, encaminado por eso, reivindicativamente, al logro de una real justicia social, Unamuno no pueda

¹⁵ Carta a don Francisco Giner de los Ríos, 3-XI-1900.

¹⁶ Carta a Juan Arzadun, 2-XII-1903.

¹⁷ Carta a Pedro Múgica, 2-XII-1903.

¹⁸ Carta a José Ortega y Gasset, 21-XI-1912.

¹⁹ Carta a Pedro Múgica, 28-V-1893.

²⁰ Carta a Pedro Múgica, 22-V-1895.

prescindir del carácter esencialmente escatológico de la vida humana, convirtiendo en principales los problemas de la muerte y del más allá, en fuerte contraste con la ortodoxia socialista, en cuyos moldes no es sólo que no cupiera, sino que aparecía como su más vivo contrapunto.

Ese decir epistolar de don Miguel, en tanto que expresión de sus sentires, deseos, proyectos, conquistas y derrotas —("O no escribir cartas o escribirlas de veras; es mi divisa")²¹—, hacen que la carta se torne *pasión*, crónica íntima de cada uno de los momentos vitales por los que va transitando el hombre-individuo Miguel de Unamuno. Con lo que las mismas se convierten en palpitantes frases, toda vez que en ellas, don Miguel, de manera espontánea, con la emoción de lo inmediato, va contando lo que acaece en su conciencia y en su entorno. De ahí que sus contenidos desborden la singularidad exclusiva de sus receptores y puedan ser convertidos en patrimonio de la comunidad de estudiosos de su vida y pensamiento.

Precisamente esa imbricación de vida, hacer y palabra es la que dota a las cartas de genuino valor hermenéutico. A condición, claro está, de que mantengan su decir directo, como en rigor les corresponde, no la mediatización formal subsumida en el género literario a que, sin embargo, pueden dar lugar. Porque tan pronto como la carta se sitúa de este lado acaba retorizándose y perdiendo con ello sus marcas más distintivas, la espontaneidad y la sinceridad. Unamuno lo sabe de sobra y lo rehuye, pese a que a las veces no logre evitarlo del todo y encontremos cartas que parezcan haber sido escritas pensando en una futura publicación. Quizás por eso llegara a manifestar: "A mí me dicen que lo mejor que he de dejar cuando me muera será mi correspondencia"²².

Dicha observación da pie a ese notorio unamunólogo que es Laureano Robles y conocedor como pocos del epistolario de don Miguel²³ para caracterizar las cartas de nuestro autor como "el más iluminador complemento de su vida y de su obra; el testimonio que mejor nos descubre los más íntimos meandros del curso de la primera, y que más certeramente nos informa sobre la segunda"²⁴.

A nosotros, que nos parece necesario emprender una nueva y pormenorizada revisión de la obra de Unamuno, de cada uno de sus grandes libros, nos parece consiguientemente que al efecto bueno sería poder contar al fin con una edición completa de su epistolario: del que ya conocemos, pero que se encuentra disperso en mil lugares, así como también del que todavía aguarda publicación.

²¹ Carta a Juan Arzadun, 24-XI-1909.

²² Carta a Pedro Múgica, 11-II-1903.

²³ El profesor Laureano Robles, continuador de la labor de don Manuel García Blanco y dedicado a éste en el 25 aniversario de su muerte, acaba de editar un *Epistolario inédito* de Unamuno, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1991, 2 volúmenes. Se trata de una colección de 481 cartas que cubren, si bien no agotan, ese largo período de la vida de don Miguel que va desde 1894 hasta 1936, año de su muerte.

²⁴ Unamuno, M., *Epistolario inédito*, Edición de Laureano Robles, Espasa-Calpe, Colección Austral, Madrid, 1991, Tomo I, p. 28.